

La guerra de exterminio contra los grupos chichimecas.

Martha Monzón Flores
Centro INAH Estado de México

Introducción

El objetivo de este trabajo, es mostrar la complejidad de la guerra chichimeca (1550-1590/1592) y sus posibles lecturas. Su problemática presenta muchas vertientes que la hacen ser diferente a las contiendas sostenidas en otras regiones del mundo prehispánico, donde, con sus particularidades, la conquista se alcanza en un tiempo relativamente rápido. En ella se enlazan los diversos hábitats del centro norte, los grupos étnicos y sus culturas, sus relaciones interétnicas, -tanto con otros más norteños como también con los sureños-, en encuentros que a veces son pacíficos y otros no tanto.

Es muy probable que los que viven en el norte, a partir del ensayo-error, se adapten a su hábitat y aprendan que el medio ambiente con el que conviven les asegura la sobrevivencia, siempre y cuando conozcan perfectamente su entorno, que se caracteriza por tener ambientes hostiles, con pocas fuentes de agua y climas muy extremos; y a moverse de acuerdo a los tiempos y en el territorio donde obtienen el alimento.

La entrada por demás sorpresiva de los contingentes españoles, totalmente opuestos a los ya conocidos, -que incluye la apariencia física y su actitud guerrera, sus armas y los caballos-, así como por la intención indudable de apropiación de los territorios norteños y de las vidas de los naturales de la región, obligan a los nómadas a reestructurar su quehacer cotidiano, a fin de defender su patrimonio.

Estas circunstancias, aunadas a las primeras noticias sobre la riqueza de los minerales que subyacen en esas tierras, hacen que ninguno de los dos bandos se resigne a ceder en su intento por salir victorioso, razón por la que, los enfrentamientos se tornan cada vez más violentos. La justificación de la guerra se refleja en muchos textos en los que, por un lado se demerita a los grupos indígenas, y por el otro se exaltan los logros de los invasores, que por cierto consiguen gracias al apoyo económico que la corona española imprime a la

empresa colonizadora del norte, y el soporte incondicional de los indígenas aliados que se constituyen como la fuerza motora que da vida a las contiendas.

Los indígenas del norte, que antes de la irrupción española ocupan gran parte de su tiempo y movilidad en la apropiación de alimentos, cambian sus actividades para dedicarse más tiempo a la guerra, lo que descompensa sus rutinas, en detrimento de su seguridad de sobrevivencia.

Me apoyo para la lectura de los eventos en torno a esa guerra, en las fuentes documentales, en las aportaciones teóricas de Hayden White, y en trabajos actuales, en relación a la visión dada en los textos, la forma en que se perciben a los grupos ajenos, a los símbolos y significados que se manejan y las posibles lecturas en el marco de la guerra chichimeca.

Antecedentes¹

En el Posclásico, Mesoamérica se caracteriza por ser notablemente bélica. En el periodo anterior, el Epiclásico, hay muchos movimientos poblacionales hacia diversas latitudes, causados por la caída de las ciudades del Clásico, que en su auge ostentan el poder político, social, económico y religioso, pero sobre todo en el dominio territorial, razón por la que al caer, arrastran consigo a muchas regiones dependientes. Este descontrol se resuelve medianamente cuando algunos grupos toman el mando y deciden hacerlo a partir de la expansión territorial, el dominio de la población y la imposición tributaria.

Cuando los pueblos se resisten, los confrontan generalmente con lujo de violencia, y si los dominan de igual forma que a quienes no se sublevaron, les imponen el tributo en especie y en mano de obra. No es que esa situación sea novedosa, ya que en todos los tiempos hay conflictos que llegan a extremos de agresión, -a veces violenta-, sin embargo en el Posclásico se magnifican y se institucionalizan. Esta situación generalizada en Mesoamérica, incluye a la Cuenca de México, que muestra una ocupación continua desde los primeros pobladores [20/30 000 aC], hasta el Posclásico [1521 dC].

¹ Me apoyo en este apartado en los trabajos de Bohem de Lameiras, 1986; Lameiras, 1995; Nalda, 1981.

En el Posclásico, precisamente, los mexicas² hacen de la guerra un estado habitual para expandir su territorio, -quizás porque la isla que habitan tiene poca extensión de tierra-, empero parece más importante dominar los recursos naturales y a la población. Alrededor de la institución de la guerra crean toda una parafernalia que la soporta, a partir de una clase social que la organiza desde sus cimientos, misma que alcanza una especialización digna de asombro. Se perfeccionan las leyes que los dominan, las ceremonias y rituales a sus dioses, las tácticas militares; la indumentaria y las armas, que cabe mencionar, se usan de acuerdo a las diferencias sociales. Hay escuelas para formar militares de carrera, los grados se obtienen por esta vía y/o cuando sobresalen en las batallas. Además se apoyan en mercedarios o en la población civil en ciertas contiendas, cuando el estado de guerra en el que se encuentran lo hace necesario.

Después de algunos triunfos, crecen las ambiciones, por lo que se disponen a dominar todo su universo. Les importa conseguir materias primas, productos elaborados, -funcionales y suntuosos-, que logran en poco tiempo a partir del control de las rutas comerciales, de los mercaderes y los mercados. Se apropian de la mano de obra para la manutención de los linajes dominantes y para construir sus ciudades y obras monumentales, cuyos costes logran respaldar con el tributo. Se valen de los prisioneros como víctimas para sus dioses. Pero al parecer, lo más apreciado para los sucesivos tlatoanis que gobiernan durante 300 años aproximados de dominio mexica³, es el prestigio que adquieren frente a las élites regionales, a las que exhiben su aplastante hegemonía sobre los amplios territorios conquistados.

En un balance superficial podemos decir que alcanzan logros relevantes y que de no haber ocurrido la intromisión española, es posible que hubieran crecido exponencialmente alrededor del extenso territorio ya conquistado. La guerra les da para eso y más. Es decir, adquieren autoridad por la vía del sometimiento, pero no

² En este caso voy a enfocar este breve apartado en los mexicas, para resaltar las diferencias que hay en la confrontación de dos culturas -Mesoamericanos y Españoles-, los tiempos de conquista, asimilación y sincretismo.

³ Tlatoanis: Acamapichtli [1367-1387]. Huitzilíhuitl [1391-1415]. Chimalpopoca [1415-1426]. Itzcóatl [1427-1440]. Moctezuma Ilhuicamina [1440-1468]. Axayacatl [1469-1481]. Tizoc [1481-1486]. Ahuizotl [1486-1502]. Moctezuma Xocoyotzin [1502-1520]. Villalpando y Rosas (2008:12-21).

todas las poblaciones lo permiten, situación que crea ambivalencias, antagonismos y complicidades, que a largo plazo definen a los grupos rivales y a los aliados. Seguramente hubieran tenido tropiezos con sus rivales de siempre, los tlaxcaltecas y los purépechas. Pero también con muchos pueblos, que ya sojuzgados buscan a toda costa su emancipación. Por lo anterior podemos asegurar que la guerra es una constante en esta sociedad. Parece un entramado complicado que posiblemente tienen bajo control con un alto grado de precisión y sofisticación militar. Este es un panorama aproximado del escenario al que se enfrentan los conquistadores europeos y que se cuestiona en razón de la conquista española.

Desde los primeros encuentros, la irrupción española crea una fuerte incertidumbre en la población pero sobre todo en los guerreros, ya que se introducen elementos de guerra desconocidos por el aparato militar prehispánico, principalmente los caballos, el tipo de vestiduras y las armas. Anímicamente, lo anterior tiene un peso fuerte, a los que se suman los mitos y creencias de una sociedad que le apuesta en muchos sentidos a la cuestión divina para asegurar tanto la sobrevivencia, como sus éxitos y fracasos, mismos que ocupan un lugar muy especial en los enfrentamientos, e influyen de manera decisiva en la derrota que se fragua, contra los poderosos grupos militares del centro del país, en un tiempo relativamente breve, quienes antaño controlan gran parte del territorio del actual de México y Centroamérica.

Los españoles, aunque no todos profesionales de la milicia, llegan al territorio americano con una larga experiencia de conquistas exitosas, -contra la ocupación judía y morisca, principalmente-, y de negociaciones con los grupos de poder -los grandes empresarios y la sede católica-, dejando a un lado siempre a las comunidades vulnerables, situación que seguramente influye en el ánimo de los primeros conquistadores, que logran pactar con las élites de las grandes ciudades indígenas su rendición, -a cambio de prebendas fútiles-, sin tomar en cuenta para esas decisiones a los grupos de las clases bajas, ya que para ellos tienen prevista su explotación inmediata; y sin ningún escrúpulo, por supuesto, arremeten contra los que se oponen a la ocupación hispana de manera por demás violenta. En ese

sentido, podemos mencionar que aplican estrategias ya probadas con éxito en la España de su época.

La guerra chichimeca⁴

La entrada al norte en la época prehispánica supone el cruce de fronteras que separan a los sedentarios del sur, con los nómadas del centro-norte, es una línea imaginaria que no representa una separación tajante, sino más bien una posible convivencia vecinal. Es más probable que la división tenga que ver con las formas de vida que despliegan los grupos, en los distintos hábitats que existen tanto en el sur como en el norte del país y que convergen en esa región vista como zona de frontera. Al sur se ubican los sedentarios que han establecido culturas con alcances notables y al norte se localizan los nómadas estacionarios y los agricultores incipientes o seminómadas, que comparten una economía mixta (caza, pesca y recolección), y una agricultura con muchos riesgos; a pesar de esas diferencias y que siempre está latente el factor bélico, es posible señalar que existe comunicación entre ellos, así como muchas conexiones interétnicas a nivel de intercambio y tributo, de tal suerte que las distancias culturales en algunos grupos llegan a difuminarse.

Es posible que la complejidad étnica que se integra en el norte no sea percibida desde la época prehispánica por los sureños, ya que los mexicanos los ven como si fueran un solo grupo y los designan con el genérico de chichimecas, situación que reproducen los españoles, (lo cual hoy en día representa un problema para su identificación). Sin embargo por las fuentes sabemos que hay muchos grupos o naciones⁵, cada uno constituido por bandas de 10 a 12 individuos, tienen un territorio bien delimitado que conocen a la perfección, calculan las distancias

⁴ El apartado se nutre de los siguientes trabajos: Braniff, 1995; Chávez y Chávez, 2011; Del Río, 1985; Galaviz, 1985; Gerhard, 1986; Huerta, 1987; Jiménez Moreno, 1932; Lameiras, 1995; Mendieta, 1945; Mendizabal, 1946; Monzón, 2008; Nieto Gamiño, 1995; Orozco y Berra, 1954; Powell, 1979, 1984; Relaciones Geográficas, 1987, 1988; Rubio Mañe, 1983; Semo, 1981; Tello, 1973; Torquemada, 1983. Yoneda, 2009.

⁵ El término incluye a varios grupos nómadas y sedentarios. Sahagún, (1975:599) menciona que había tres tipos de chichimecas: los otomíes mesoamericanos, los tamime cazadores y agricultores incipientes y los teochichimecas o zacachichimecas, recolectores y cazadores. Jiménez Moreno (1932:11) señala como etnias chichimecas a los pames, jonaces, copuces, guachichiles, guaxabanos, guamares y sanzanas, ya en el Siglo XVI. También se mencionan a los zacatecos, samues, otomíes, irritilas, mecos, cazcanes, salineros, majolias, tecuexes.

gracias a la lectura que hacen de las traslaciones de la luna, al movimiento del sol y al vuelo de las aves; tienen lenguas, creencias, arreglo corporal, vestido y costumbres diferentes; los une, sin embargo, la forma de vida y de apropiación de los alimentos, la comida, la guerra o la paz y el intercambio de mujeres y materias primas o productos elaborados.

La división del trabajo es por sexo y edad, aunque cuando es necesario todo el núcleo familiar participa en ciertas actividades, la mujer lleva la carga más pesada y el hombre los cuida y defiende con su arma distintiva, el arco y la flecha. En verano pueden construir chozas de materiales perecederos o dormir bajo los árboles y en invierno en cuevas y/o abrigos rocosos, aunque la elección del lugar está en relación con las fuentes de agua y los recursos alimenticios.

Las primeras incursiones españolas rumbo al norte del país, se registran entre 1522 y 1526 cuando Nicolás de San Luis y Hernando de Tapia “*conquistan indios chichimecas bárbaros*”; Acámbaro se coloniza entre 1526-1528 y su población tributa a Gonzalo Riobó de Sotomayor, su encomendero, ya en 1528. Es posible que un primer encuentro con huestes españolas, en esa región poblada por guamares, sea en 1530, cuando soldados de Nuño de Guzmán la cruzan de Pénjamo hacia Irapuato.

De ahí en adelante, con el descubrimiento de los depósitos de plata, la zona se ocupa con población foránea. La ruta para ir de la Nueva España a Zacatecas se abre entre 1549-1550, cruzando el territorio de los chichimecas, precisamente por tierras de los guamares y guachichiles, quienes al parecer en los primeros encuentros se muestran “*conversables y afables a los españoles*” y con buena disposición toleran el tráfico comercial y los establecimientos cercanos a las comarcas mineras, quizás en su actitud opero el miedo después de la violencia con que son tratados sus vecinos, los cazcanes, diez años atrás en la guerra del Mixtón⁶.

⁶ Entre 1541-1542 los cazcanes defienden su territorio en el actual Jalisco, hasta que se dan fuertes enfrentamientos en el cerro del Mixtón; la corona inyecta recursos humanos y económicos para vencerlos. Según las fuentes, indios aliados muestran el acceso al cerro donde tienen su guarida los cazcanes, lo que da la victoria a los españoles. Semo, 1981: 208-210.

Según parece, los españoles ven la tierra despoblada y sin cultivar, por lo que deciden llevar ganado y establecer estancias. Aunque no es precisamente así, sino todo lo contrario, ya que sí está ocupada por nómadas estacionarios, que ahora ven que sus recursos son menguados por el ganado que se toma su agua y se come las plantas con las que ellos se alimentan. También resulta que los nómadas tienen una noción muy definida con respecto al dominio y autonomía de su territorio el cual defienden a ultranza, ya que es el soporte de su economía y de su cosmovisión. Sólo los pames tienen asentamientos un poco más estables ya que practican una agricultura incipiente, lo cual hace que su territorio esté un poco más delimitado, de acuerdo a la lógica sedentaria.

Esta invasión a la tierra y a los medios de subsistencia, sin ninguna consideración a los grupos originarios, genera el clima de tensión permanente y propicia los conflictos que se dan en los siguientes 50 años, a los que se les conoce como La Guerra Chichimeca.

En esta guerra participan mayoritariamente cuatro etnias chichimecas: *pames*, *guamares*, *zacatecos* y *guachichiles*. Aunque la ubicación es muy imprecisa, los *pames* se encuentran en parte de Michoacán, el centro de San Luis Potosí, Querétaro, Occidente de Hidalgo, y mitad oriental de Guanajuato. Los *guamares* se localizan en la cordillera cerca del Pánuco y al sur de Guanajuato, los *guachichiles* por Aguascalientes, San Luis Potosí, norte de Guanajuato y este de Zacatecas. Finalmente los *zacatecos* en Aguascalientes, centro y occidente de Zacatecas, hasta las estribaciones de la Sierra Madre en Durango. Estos tres últimos se disputan continuamente el territorio que comprende los actuales estados de Zacatecas, Aguascalientes y San Luis Potosí. En términos generales estos grupos viven en asentamientos dispersos o del nomadeo estacional.

Cuando conviene a sus intereses se alían o se confederan de manera temporal, puede ser con grupos de su misma filiación étnica o en ocasiones con otras etnias, casi siempre con el fin de atacar a los sedentarios, quizás por que tienen más seguro el alimento; entre ellos se registran conflictos a veces sangrientos que fomentan enemistades mortales, inclusive entre etnias que comparten la misma lengua y parcialidad. Ya en el virreinato, se multiplican las alianzas interétnicas

para defenderse contra las arremetidas españolas, algunas muy intensas, por cierto. Lo anterior provoca ajustes y reajustes, divisiones internas y externas, pero lo más grave es que se debilita la cohesión de grupo.

La zona de este conflicto es el centro-norte del país, siempre considerada zona de paso, justo es una franja que posibilita el acceso al norte, sobre todo a los reales de minas. Entre 1548-1550 el tráfico de carretas y caballos vía Zacatecas, se hace más intenso, transitando por una ruta que es el antecedente de lo que después será el Camino Real de Tierra Adentro, -que funciona desde mediados del siglo XVI hasta el XIX y que precisamente cruza por ese territorio para cubrir la ruta de la capital de la Nueva España hasta Santa Fe Nuevo México-. En principio se registran sublevaciones locales producto de los excesos de los conquistadores, que llevan a cabo una política devastadora contra la cultura y los pobladores originarios.

Los chichimecas practican la guerra muy a menudo, por lo que tienen códigos y referentes contundentes frente al enemigo, y aunque los españoles portan armas, armaduras diferentes y caballos como parte de su parafernalia bélica, los nómadas pronto los conocen y aprenden su uso para su beneficio. Sus tácticas de guerra son fundamentales para la defensa del grupo, pero sobre todo del territorio, ya que éste les asegura la sobrevivencia. El conocimiento del hábitat les permite moverse con gran soltura en planicies y montañas.

Tienen para su protección espiritual númenes, -como sería el caso de Itzpapalotl y Mixcoatl para algunos grupos chichimecas-, así como rituales y sacrificios asociados con la guerra, como ofrecer el corazón al Sol y a Venus la cabeza, tanto de humanos como de animales, a los que ofrendan para conseguir su protección y tener un probable diagnóstico del resultado del combate.

Estos grupos son guerreros por naturaleza, su principal arma de defensa, son el arco y las flechas, casi todas de pedernal (a veces envenenadas con yerbas); adicionalmente usan hachas, lanzas y cuchillos. Su fama como grandes guerreros trasciende las fronteras. Los españoles lo pueden constatar y lo refieren en sus fuentes. Señalan el gran temor que causan cuando salen al campo de batalla desnudos, con la cabeza adornada con plumas de colores, traen yerbas a las que

atribuyen virtudes para garantizar certeza en los tiros y victoria en la guerra, se pintan o untan el cuerpo con pigmentos de diferentes colores, van acompañados siempre con sus arcos y flechas, arma en apariencia frágil, pero que manipulan con una certeza, destreza, puntería, rapidez, fuerza y penetración asombrosa.

Invariablemente andan en movimiento, conocen a detalle la región que habitan, atacan por sorpresa, ya sea a corta distancia o desde lejos, pero siempre con gran celeridad y tino. Se valen del espacio montañoso para flecharlos a distancia, ponen albarradas y guardianes que avisan cuando se acercan los enemigos. Causan mucho sobresalto, ya que se esconden tras las lomas o en las cumbres cercanas a los caminos, esperan el momento para embestir, de pronto salen en grupo y atacan con gran fuerza y fiereza, tanto a los de a pie como a los de caballo. Durante la batalla saltan de una parte a otra continua y rápidamente, además gritan muy fuerte haciendo mucho estruendo, lo que desconcierta al enemigo, sobre todo cuando hay que ir tras ellos para apresarlos, lo cual generalmente les resulta muy complicado porque no logran alcanzarlos.

Sus cuerpos son tan ligeros que se desplazan velozmente, siempre están alejados unos de otros, ninguno se pone detrás del otro. En el combate cuerpo a cuerpo actúan con gran valor y ferocidad. Se trata de hábiles estrategias seguramente dispuestas por los capitanes que dirigen las contiendas, los que son reconocidos por su valentía, características que demuestran su conocimiento del hábitat y sobretodo su destreza militar.

Ponen trampas ocultas para que caigan las patas de los caballos, con lo que los descontrolan y detienen su andar, a los que después de un tiempo logran dominar con tal habilidad que los usan en las contiendas y en contra de las carretas que circulan por el Camino Real, a las que atacan de forma violenta. Cuando en la batalla se encuentran en problemas, se ocultan presurosamente en la sierra, desde donde planean las siguientes emboscadas, ya que siempre están atentos al avance español y de su paso por los caminos, para asaltarlos y quitarles sus pertenencias y su comida.

Después de ser reducidos, al menor descuido de sus opresores huyen a los cerros, es un ir y venir constante que muestra que siguen usando el nomadismo

para defender su forma de vida y su entorno, pero también para esconderse del mal trato al que son sometidos, aunque al ser desposeídos de su tierra no tienen posibilidad de alimentarse, por lo que el hambre los obliga a regresar a los asentamientos recién fundados por los invasores. En términos generales estos chichimecas muestran sus habilidades guerreras en defensa de su forma de vida con tal firmeza que llegan a convertirse en un serio obstáculo para la ocupación hispana y para los proyectos económicos que ahí se gestan.

En muchos desencuentros, los españoles son vencidos por los nómadas, -en apariencia frágiles y escurridizos-, y aunque entre ellos tienen violentos choques, para arremeter contra los invasores, integran fuertes y sostenidas alianzas. Al paso del tiempo y del avance español, las hostilidades crecen de ser un conflicto local a una guerra sin cuartel, en la que se involucran, las etnias chichimecas ya confederadas y el territorio en disputa, fundamental por ser el paso obligado a los Reales de Minas.

En este conflicto no se doblega ninguna de las partes implicadas, menos aún cuando reconocen a sus enemigos, por lo que los enfrentamientos son cada vez más sangrientos y el panorama se torna más complicado en tanto se multiplican los ataques hacia finales del siglo XVI. Los recursos inyectados por la Corona no parecen ser suficientes en relación al aumento de los minerales que se extraen de las minas y que deben trasladarse a la Nueva España, motivo por el que es necesario apaciguarlos. Estos indios, según narran las fuentes, no sólo dañan los caminos, sino también prenden fuego a los pueblos y a las haciendas, agreden a sus pobladores, asimismo las iglesias y sus imágenes son profanadas. Esta situación de caos frecuente, obstaculiza la estabilidad de los incipientes centros de colonización.

El gran impedimento para controlarlos es el nomadeo que practican, la costumbre de caminar grandes distancias e ir por lugares inaccesibles, por lo que fácilmente se hacen escurridizos, incluso sus guaridas se ubican en cerros abruptos a los que suben hasta sus altas cimas, aunque siempre están atentos e inspeccionan sus tierras en grupos. El territorio se convierte en tierra de nadie y el conflicto crece sin mediar orden alguno. Para paliar la situación y contener el desorden se fundan

presidios, sin embargo éstos se convierten en otro problema mayor, ya que los soldados, les quitan el alimento, los agreden, siembran discordia entre las etnias y transgreden a las mujeres.

Ante tal caos, las autoridades virreinales autorizan la guerra a “*sangre y fuego*” y la esclavitud contra los indios, -en contra del espíritu conciliador de las Nuevas Leyes, signadas desde 1542-. Después de largos y violentos años de confrontaciones, más parece que hay un propósito por parte de ambos contingentes de exterminarse mutuamente, los indios en su férreo intento por defender su tierra y los españoles ante la imposibilidad de someterlos.

El Mapa de San Miguel y San Felipe de 1580, retrata con precisión la situación de la guerra en la geografía de la región, se trata de la Cuenca Alta del Río Laja, donde se logran identificar los caminos a Querétaro, Zacatecas y la Huasteca, se representan también a los dos grupos en conflicto y se dibuja certeramente la manera en que los españoles se van apropiando de la geografía y ocupando el territorio chichimeca, ya que se aprecian construcciones a las orillas del camino, españoles en caballo con arcabuces, ganado, pero también se reconocen a los indios e indias, ubicados en sus casas, cerca de las fuentes de agua pescando y tras los cerros, apuntando con sus arcos y flechas⁷.

El panorama se torna muy complicado cuando llega al virreinato Álvaro Manrique de Zúñiga, Marqués de Villamanrique, quién al tomar el cargo de virrey en 1585, dispone que el problema más severo que hay que atender en la Nueva España es la guerra en el norte del país. Para ello prohíbe la venta de esclavos y libera a muchos de ellos, castiga a los que continúan con esta práctica, combate la corrupción en los presidios y promueve la firma de tratados de paz.

Su sucesor, Luis de Velasco II, en 1589, da seguimiento a la política conciliadora y destina recursos de guerra para suministrar dádivas a los indios, ya desgastados por tantos años de guerra, en los que han descuidado sus prácticas ancestrales, sus formas tradicionales de vida, sobre todo en la obtención de alimentos, e irremediabilmente han perdido su tierra, en pocas palabras se encuentran en la

⁷ Nieto Gamiño, 1995.

indefensión total. A pesar de lo anterior, es de resaltar que nunca son dominados en una situación de confrontación bélica.

Entre 1590/1592 se logra firmar la paz en San Luis de la Paz, Guanajuato, pueblo que queda como frontera para defender el territorio. El virrey Luis de Velasco II prohíbe enérgicamente la esclavitud, impulsa la colonización de tlaxcaltecas⁸ en la región bajo conflicto, y envía misioneros franciscanos y jesuitas, a fin de reforzar los acuerdos. Este acuerdo beneficia al virreinato notablemente, ya que a fin de cuentas, le sale más económico brindar comida y dádivas a los indios que mantener una guerra sin cuartel, además de que se asegura la mano de obra indígena, el tránsito por el camino sin temor a los asaltos, lo cual agiliza el transporte de los minerales y facilita calcular los tiempos y el monto del producto que llega a la capital de la Nueva España con cierto nivel de seguridad, el que a su vez se traslada a España de manera más expedita.

El camino es largo y en la medida en que se tenga seguridad en el traslado todo el ciclo se cumple sin tantos riegos. Esto se traduce en beneficio económico para el gobierno virreinal y para quienes están involucrados, tanto en el negocio de las minas, como en todas las actividades económicas que se generan en torno a la extracción de los minerales y sin duda para la Corona Española a la que le llega el tributo en el tiempo y forma estipulados.

Los indios no se incluyen en las ganancias, más bien son los que pierden todo; los que sobreviven se difuminan entre las minas, las haciendas y las estancias de ganado que se establecen en una situación de total indefensión, al servicio de los españoles, y sin el problema de la guerra. El exterminio de los indígenas es la constante de esta guerra, por lo que se pierde todo conocimiento sobre ellos. Se mencionan en las fuentes los suicidios colectivos y la matanza de niños a fin de evitarles el sojuzgamiento, el mal trato y la esclavitud, a veces velada y otras no tanto, del que son objeto los adultos.

⁸ La movilidad de indios para colonizar no es una táctica española. En las conquista de Moctezuma a la mixteca en 1458, y la de Ahuizotl en Oztoma y Alahuiztla, se sabe que ambos gobernantes exterminan a la población. Para paliar la situación envían contingentes del valle de México para repoblarlas. Esta estrategia favorece a los aztecas que consiguen un control más preciso de las regiones. Nigel Davies, 1988:168; 179.

La lectura que dan los textos

En los documentos se califica a los indígenas norteros de acuerdo a la percepción occidental de la cultura que detentan los otros, que les sirve para justificar la ocupación de sus tierras y la hostilidad con la que son tratados después del contacto. No tenemos desafortunadamente la otra versión. En sentido estricto estos grupos representan la verdadera oposición al dominio español pero es fundamental lograr su dominio, ya que ahí es donde encuentran la riqueza de la que se valen para adquirir prestigio y poder en el viejo mundo, así como dominio, presencia y control en el nuevo mundo.

El encuentro debe haber sido muy impactante, sin duda; es posible que la prontitud con la que dominan el centro de México, sea un elemento objetivo para entrar al norte con un alto grado de seguridad, de que las maniobras militares para controlar el territorio y la población serán factibles y rápidas, según la experiencia anterior. Entonces, el impacto debe haber sido doblemente impresionante. No sólo porque el panorama con el que tropiezan no tiene parangón en comparación al que se han enfrentado pocos años antes, sino porque encuentran una resistencia sin límites por parte de la población local y en apariencia más indefensa que la del centro de México.

Es muy probable que si en el territorio no hubiera habido tanta riqueza, la conquista del norte se hubiera retrasado muchos años, es más podría apostarle a la apatía y al desinterés. Pero la desmedida ambición que muestran en todo momento por localizar ricos minerales, encuentra su recompensa en el norte, motivo por demás fundamental para lograr a toda costa la apropiación del territorio, de los recursos naturales y la mano de obra para su explotación, a favor de la Corona española, mediada a través de la conversión de los indios. Espada y cruz son los elementos simbólicos de la embestida española.

Hay que mencionar que la sorpresa debe haber sido por ambas partes, ya que los nómadas estacionarios o los agricultores incipientes que habitan el norte durante la época prehispánica, no sólo tienen relaciones de intercambio⁹ sino que en

⁹ Se tienen noticias fundamentadas por la arqueología que desde el Preclásico los nómadas del norte y los sedentarios del sur tienen relaciones comerciales más o menos pacíficas. Braniff, 2001:128; Hers, 1989; Yoneda, 2009.

ciertas ocasiones se ocupan como mercedarios para proteger las fronteras de los habitantes del centro-sur del país, con quienes conviven de manera a veces pacífica y otras no tanto; es de resaltar que conocen bien al “otro”, sin embargo estos nuevos invasores no tienen en apariencia nada que ver con los sedentarios ya conocidos y por tanto de este nuevo “otro”, no encuentran referencias reconocidas o cercanas para su identificación.

La resistencia india preocupa a los españoles por el retraso en el dominio del territorio, la cual tratan de resolver por diferentes vías. La más violenta es la de atacar a los indios, a partir de la justificación de la guerra, que teólogos y juristas aprueban después de llevar a cabo reuniones, en las que, a partir de los escenarios que les presentan los actores o sus escritos, examinan la legalidad de la guerra y la esclavitud¹⁰.

Muchos siglos les lleva dominar la situación, incluso en muchos casos sin lograrlo recurren al exterminio. Incontables vidas, esfuerzo, dinero y tiempo representa lograrlo. Es hasta entrado el siglo XIX cuando se puede hablar de una paz mediada por los abusos, la servidumbre, la esclavitud, el exterminio, la extradición y la explotación, hacia los grupos originarios, cuando son confinados los últimos grupos rebeldes, en reservas del sur de los Estados Unidos. Se trata de cuatro siglos aproximados de encuentros y desencuentros en que logran exterminar casi por completo a las etnias originales.

Justamente, uno de los elementos sobre los que soportan sus resolutivos son los documentos, en donde se relatan las peculiaridades de los grupos étnicos, sus costumbres, tácticas de ataque y la violencia hacia los españoles. La visión que muestran de estas colectividades tiene como trasfondo el hecho de no cumplir con los cánones de una sociedad concebida de acuerdo a su pensamiento, que aún tiene reminiscencias medievales, principalmente.

¹⁰ Una de las más sobresalientes es la que sostienen Juan Ginés de Sepúlveda -que justifica la esclavitud de los menos dotados, por ende los indios deben ser sometidos a los españoles, si no por las buenas, con el uso de las armas-. Con Fr Bartolomé de las Casas que lo refuta y sostiene que todo hombre cualquiera que sea su cultura, tiene en principio todos los derechos inherentes como ser humano. La reunión es propiciada por Felipe II, en Valladolid, en dos sesiones una en 1550 y otra en 1551. La discusión se basa en Aristóteles: “los menos inteligentes deben someterse a los más inteligentes”. No llegan a ningún acuerdo. El resolutivo sirve para despejar cualquier duda sobre la condición humana de los indios. Muriá, 1982: 64-66.

Los discursos¹¹ contienen un espacio común para definir a los indios, su relación con la naturaleza, su cultura, sus costumbres y sus relaciones interétnicas. Las reflexiones se van modificando, recrudesciendo y/o suavizando de acuerdo al autor, a las confrontaciones y a la manera y el tiempo en el que logran dominarlos. Así, las primeras impresiones señalan que jamás han sido sujetos por otra nación, que tienen una vida bestial, costumbres diferentes y extrañas a las de los hombres y no de tanta razón, sin virtudes, ni cultura, conversación, industria humana ni amor al trabajo, sin aptitudes ni habilidades, con un ingenio semejante al de los brutos, sin vergüenza ni policía, ásperas y depravadas, malas y detestables inclinaciones y prácticas de antropofagia y vampirismo.

Añaden que hacen el mal como animales feroces, son bárbaros, monstruos de la naturaleza, bravos, infieles, salvajes, indómitos, torpes, salteadores, sediciosos, crueles, espantosos, indomésticos, traidores, idólatras, agrestes, incultos, serranos, criminales, sanguinarios, irrazonables, flojos, indolentes, rústicos, inconstantes, demonios, vagos, errantes, belicosos, rebeldes, carniceros, animales, homicidas, necios, litigiosos, atrevidos, vagabundos, sin domeñar. Por mencionar los apelativos más sobresalientes.

Como es posible apreciar, estos calificativos no son de ninguna manera amables con los indios, más bien son despectivos y calumniosos, muchos de ellos por cierto, sientan las bases para las discusiones que se dan, acerca de si los indios son seres humanos y si tienen alma así como para forjar la idea del “*bárbaro del norte*”¹². Sobre todo se emplean para justificar todo tipo de provocación violenta para adueñarse de las riquezas del territorio, sin importar o menguar los daños o perjuicios en contra de la población originaria.

Sin duda alguna, la lectura que de ellos se hace en ese sentido muestra una imagen negativa y de desprestigio en todo momento al nómada, frente a la sociedad sedentaria a la que ya dominan y emplean para sus fines particulares. Con los “*otros*” de los “*otros*” no pueden y hay que valerse de todas las argucias

¹¹ Chávez y Chávez, 2011; Cortés, 1979; De la Mota y Escobar, 1940; De la Mota y Padilla, 1973; Durán, 1984; Galaviz, 1985; Jiménez Moreno, 1932; López Portillo, 1980; Mendieta, 1945; Muñoz Camargo, 1947; Relaciones Geográficas, 1987, 1988; Rubio Mañe, 1983; Torquemada, 1983.

¹² Que se ha perpetuado en la idiosincrasia del mexicano desde entonces, hasta nuestros días.

necesarias para lograrlo. Es patente que tergiversan la realidad a favor de sus intereses dando pie a los ataques desmedidos sobre ellos, a la apropiación de la mano de obra, de la población y del uso de todo tipo de violencia sobre sus precarios asentamientos.

El discurso es uno de los más contundentes elementos para convencer, porque llega a las esferas de poder, que son las que controlan todas las estructuras de gobierno, mismas que necesitan de los tesoros del norte para enriquecerse en el plano personal, y para la administración pública, tanto de la Nueva España, como para la tributación a España.

Otro asunto relacionado al tema por demás importante para los conquistadores, es conseguir una pensión vitalicia por los servicios prestados como conquistador, prebendas más recurrentes a las que aspiran quienes se enfrentan a los grupos opositores, y lo intentan a través de los documentos que generan, donde relatan sus experiencias y logros a favor de la Corona española. En ese sentido, la letra es manipulada al servicio del poder.

La lectura del texto

¿Cuál fue la percepción de los indios con respecto a los invasores? ¿Cómo fue la actuación de los indios del norte frente a la arremetida de la ocupación española? ¿Cómo resuelven los cambios en su vida cotidiana? ¿Cuáles son las consecuencias en relación a su vida anterior? No lo sabemos.

En el caso que nos ocupa, consideremos la distancia y el tiempo que nos separa e imaginemos los posibles escenarios que se viven en torno al hecho histórico, a partir de los documentos escritos, de la que sin duda fue una guerra de exterminio contra los habitantes originarios del territorio norteño. Tema por cierto que se repite *ad infinitum* en la historia humana.

De acuerdo a mi circunstancia espacio-temporal, sugiero que la lectura de los textos que tenemos nos aproximan al problema, sin embargo, es claro que la visión que nos proporcionan se relaciona con la coyuntura histórica de quién escribe. También con su bagaje cultural y sus relaciones con otros actores de su tiempo. Muy importante, con la percepción que se adquiere de la realidad que se

tiene frente a sí, y la manera en que se confronta su identidad en oposición a la de los “*otros*”, en ocasiones semejantes y en otras totalmente opuestas.

El historiador trabaja con datos tamizados por quién escribe el texto, aunque lo haga en el momento en que sucede, con mayor razón si se redacta con datos que proporcionan informantes o en su defecto apoyado en la lectura de textos primarios y secundarios. La lejanía o cercanía que se tiene con respecto al problema de estudio influye en los resultados, así como su capacidad como escribano, su formación académica, sus nexos políticos y sociales, y la aprehensión que logra alcanzar de su objeto de estudio. También existe la posibilidad de manipular los hechos a favor o en contra de un determinado objetivo. En cualquiera de los casos, todos esos filtros dirigen el contenido del texto hacia diversas direcciones e intensiones.

Siguiendo a Hayden White (1992, 2003) sabemos que de acuerdo a la manera en que el historiador concibe y engarza todos los elementos arriba mencionados, escribe documentos en donde fabrica una visión del acontecimiento histórico bajo análisis, por lo que es el texto y no el hecho histórico el que explica el evento mismo. No existe una seguridad con respecto a la fiabilidad del texto como testigo del acontecer, ni de su objetividad. La actitud que muestra frente al mundo que le rodea y su carácter, es la evidencia del mundo social en el que surge y por ende perfila subrepticamente la psicoeconomía y la forma específica de una estructura determinada.

El texto constituye una reflexión complicada pero decodificable, es decir, una mediación compleja entre diversos códigos, con los que se asignan posibles significados a la realidad, -en el transcurso de la elaboración del texto-, en el cual, uno o más signos aparecen como formas obvias y naturales de entender el mundo. Sugiere el autor captar el momento histórico, observarlo, representarlo y valorarlo. Sin duda, en el texto se refleja un pasado, a pesar de que lo que leemos es la reflexión de las cosas que aparecen en el texto, no la cosa reflejada. Es posible, sin embargo definir la intensión consciente o inconsciente del autor al redactarlo con cierto grado de certidumbre.

Los acontecimientos históricos tienen significado para sus agentes, pero también quienes los elaboran crean otros significados y otros los que los leen. Además, se debe valorar la consistencia lógica del texto y poner atención en sus propiedades estilísticas, ya que en ambas características radica su integridad como documento histórico, finalmente hay que considerar en qué medida el contexto proporciona recursos con los que se produce un tipo de significado. En otras palabras, el texto representa un tipo de producción de significados.

Todas esas premisas se pueden aplicar a los textos consultados y aunque en este caso solo se toman de ellos los calificativos hacia los indios, es posible señalar que su lectura en términos generales, contiene elementos susceptibles de análisis más profundos.

Los documentos primarios consultados que hablan sobre los acontecimientos arriba narrados, crean una imagen del conquistador victorioso, que a pesar de algunos tropiezos domina la situación de la guerra de manera expedita y sin tantos altibajos. Ese reflejo del control, aunque no sea del todo certero, es necesario mostrarlo ante España, -a donde son remitidos los documentos-, aunque para ello se manipule la información de acuerdo a la percepción e intención del que escribe. En todo caso, a pesar de que se domine la situación, lo que no estamos seguros es la forma en que lo logran, ni tampoco que haya sido como es narrada, -y queda claro que no lo vamos a saber-, es por ello que no tenemos otro recurso que apoyarnos en esos escritos, leerlos y verlos a través de nuevas miradas.

A pesar de lo anterior, es posible reconocer en ellos con un alto grado de certeza, la intención indirecta o directa con la que se redactan, que tiene que ver con la conquista en favor de la Corona, y la obtención de prebendas en el plano personal como se pone de manifiesto tiempo después, cuando los vemos frente a sus posesiones, como grandes terratenientes.

La guerra de exterminio del norte ha sido un pasaje oscuro de la historia del Virreinato, poco trabajada y menos analizada, por lo que las imágenes que tenemos al respecto de los indios, están fuera de toda comprensión de su ideología y la conceptualización que hacen con respecto a los otros en todo momento los denigra y los denosta, en la medida en que son calificados como

atrasados en todos los aspectos de su existencia, por conveniencia pero también tiene que ver con una confrontación con su referente cultural.

En mi opinión es posible que tengan frente a sí mismos una contradicción de origen, ya que supongo que vivirlos y concebirlos con ese atraso les impide explicar el porqué les es tan complicado dominarlos, cuando la lógica debiera ser a la inversa, en el sentido de: si dominan con prontitud a los pueblos sedentarios que tienen un aparato militar muy fuerte y consolidado, ¿cómo es posible que no logren controlar a los grupos culturalmente rezagados?

Sobre todo porque deben resolver con prontitud y eficacia el dominio sobre ellos, ya tienen la presión de apropiarse de las riquezas minerales, las que por cierto no encuentran en tierras ocupadas por las altas sociedades, pero sí en las de estos grupos nómadas, es por ello imperante dominar sus tierras y a sus habitantes, sin embargo los encuentros, en muchos casos severamente violentos, les impiden encontrar las vías para lograrlo. En su lógica debiera ser lo contrario, por la baja calificación cultural que otorgan a sus rivales.

En esa tesitura, es que los términos con los que los califican están en relación con la forma en que los perciben y como les conviene percibirlos, para justificar su actuación frente a ellos, es decir, se confrontan dos identidades por demás opuestas y dos fuerzas opositoras. En los textos, por cierto, se dan muchas explicaciones no siempre tan contundentes, y su descripción refleja el descrédito con el que designan a esos grupos humanos, a su organización y costumbres, con lo cual justifican su exterminio.

Por lo anterior, vemos que por un lado, exaltan a las sociedades sedentarias de la Cuenca de México, con sus majestuosos palacios, grandes templos y mercados, en sentido contrario califican de manera negativa a las del norte con sus costumbres salvajes, desnudez y belicosidad denigrando en muchas de ellas a las sociedades originarias del norte. En esa comparación es donde reflejan sus referentes culturales, es decir entienden a los sedentarios, que de alguna manera muestran aspectos similares a su forma de vida, y exhiben desprecio contra los que no logran identificarse, ni mucho menos dominar.

A todo esto, donde quedan los indios mansos, de paz, los aliados, así llamados cuando ya logran reducirlos. A mi parecer son los actores más importantes de la conquista en tanto forman grandes contingentes de soldados¹³ que seguramente son parte del frente de batalla. En algunos textos se les exalta por su buena disposición a ser evangelizados y dominados, pero pocas veces por su participación en la guerra. Aunque, si recordamos la larga trayectoria bélica que tienen tanto sedentarios como nómadas, suponemos que esos indios domeñados son parte de esa tradición guerrera, lo cual sirve en gran medida a los intereses de los conquistadores, sin embargo en muy pocas ocasiones se les reconoce su activa participación en las confrontaciones.

Sucede que en los documentos, los triunfos son adjudicados al valiente capitán español como protagonista principal y a sus soldados españoles, incluso se condeñan cuando alguno de ellos muere en batalla, sin embargo los indios que son el grueso de los ejércitos, los que encabezan la batalla y que gracias a su participación muchas de las guerras se ganan, únicamente son mencionados de manera circunstancial, y nunca se les personaliza ni mucho menos se les otorga su grado dentro de la milicia.

Palabras Finales

Esta visión de vencedores y vencidos patente en los textos, nos crea un tipo de imágenes sobre los acontecimientos sucedidos en el norte del país, desde el siglo XVI hasta el XIX, después del arribo de los hispanos. En términos generales coinciden en la bestialidad de los indios y en la necesidad de someterlos. Pocos señalan la crudeza con la que son tratados y despojados de sus tierras, el maltrato a las familias y a sus mujeres, su traslado a tierras lejanas, en todo caso, siempre justificadas por su agresividad a los invasores.

Los documentos nos dicen como leer los acontecimientos, y la lectura nos conduce a las grandes hazañas de personajes españoles con nombre y apellido y de sus logros en el campo de batalla, por supuesto después de lidiar con indios bárbaros negados a la evangelización y a la civilización. Al tiempo controlan la situación y aparecen como indios dóciles y aliados. No se habla abiertamente del

¹³ Aunque parece que las cifras de miles que dan los cronistas parecen exageradas.

exterminio y/o la explotación a la que son sometidos, sólo los logros económicos que se alcanzan con los recursos naturales, siempre a favor de la Corona y para los españoles. El indio visto como mano de obra fundamental para la extracción de las riquezas no existe en los documentos, sólo aparece cuando vuelve a levantarse en armas o cuando desaparece de los pueblos. Su forma de vida, sus costumbres, su lengua, sus relaciones interétnicas y familiares, desaparecen del universo cultura del norte y por supuesto del cuerpo documental que ha llegado a nuestras manos.

Bibliografía

- Boehm de Lameiras, Brigitte. (1986). Formación del Estado en el México Prehispánico. México: El Colegio de Michoacán.
- Braniff Cornejo, Beatriz. (1995). El Norte de México: La Gran Chichimeca. En: México Antiguo. Antología de la arqueología mexicana. 124-129. México: Biblioteca para la actualización del maestro. SEP-CNCA-INAH-Editorial Raíces.
- (2001). Introducción. En: La Gran Chichimeca. El lugar de las rocas secas. 7-14 Beatriz Braniff (coord.). México: Jaca Book. CONACULTA.
- Cortés, Hernán. (1979). Cartas de Relación. México: Porrúa. Colección Sepán Cuantos 7.
- Chávez Chávez, Jorge. (2011). Entre rudos y bárbaros. Construcción de una cultura regional en la frontera norte de México. Chihuahua: El Colegio de Chihuahua.
- Del Río, Ignacio. (1985). La política de desintegración de las comunidades indígenas en Sonora y Sinaloa (1750-1822). En: De la Historia. Homenaje a Jorge Gurria Lacroix. 233-245. México: UNAM-IIH.
- De la Mota y Escobar, Alonso. (1940). Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León. México: Editorial Pedro Robredo.
- De la Mota Padilla, Matías. (1973). Historia del Reino de Nueva Galicia en la América Septentrional. Colección Histórica de Obras Facsimilares 3. Guadalajara: Universidad de Guadalajara. Instituto Jalisciense de Antropología e Historia. INAH.
- Durán, Diego. (1984) Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme. México: Editorial Porrúa. 2 tomos.
- Galaviz, Ma. Elena. (1985). La rebelión de los Jonaces en 1703. En: De la Historia. Homenaje a Jorge Gurria Lacroix. 179-190. México: UNAM-IIH.
- Gerhard, Peter. (1986). Geografía Histórica de la Nueva España. 1519-1821. México: IIH/IG/UNAM. (Espacio y Tiempo/1).
- Hers, Marie-Areti. (1989). Los Toltecas en tierras chichimecas. México: IIA. UNAM.
- Hers, Marie-Areti, José Luis Mirafuentes, Ma. Dolores Soto y Miguel Vallebuena. (2000). Introducción. 15-31. En: Nómadas y Sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff. Ed. Marie-Areti Hers, José Luis

- Mirafuentes, Ma. Dolores Soto y Miguel Vallebuena. México: IIA-IIE-IIH-UNAM.
- Huerta, María Teresa. (1987). Una aproximación al estudio de las rebeliones indígenas en la época colonial. 35-47. Movimientos Populares en la Historia de México y América Latina. Colegio de Historia. Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe. México: FFyL-UNAM.
- Jiménez Moreno, Wigberto. (1932) Historia Antigua de León. Guanajuato: Imprenta Moderna y Fotograbado.
- Lameiras, José. (1995). La Guerra en el México Antiguo. 22-31. En: México Antiguo. Antología de la Arqueología Mexicana. Biblioteca para la actualización del maestro. México: SEP-CNCA-INAH-Editorial Raíces.
- López Portillo y Weber, José. (1980). La conquista de la Nueva Galicia. México: Peña Colorada.
- Mendieta, Gerónimo. (1945). Historia Eclesiástica Indiana. 4 Tomos. México: Editorial Salvador Chávez Hayhoe.
- Mendizábal, Miguel Othón, de. (1946). Carácter de la Conquista y Colonización de Zacatecas. 75-271. En: Obras Completas. Tomo Quinto. México: Talleres Gráficos de la Nación.
- Monzón Flores, Martha. (2008). Pacification of the Chichimeca Región. 393-404. En: Archaeology Without Borders. Contact, Commerce, and Change in the U.S. Southwest and Northwestern Mexico. Ed. Laurie D. Webster and Maxine E. McBrinn. Mexican ed. Eduardo Gamboa. Colorado: University Press of Colorado-INAH Chihuahua.
- Muñoz Camargo, Diego. (1947). Historia de Tlaxcala. México: Publicaciones del Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México.
- Muriá, José Ma. (1982). Conquista y Colonización en México. México: SEP 80/31. FCE.
- Nalda, Enrique. (1981). México Prehispánico: origen y formación de las clases sociales. En: México un pueblo en la historia. Enrique Semo (coordinador). 45-157. México: Universidad de Puebla. Editorial Nueva Imagen.
- Nieto Gamiño, Luis Felipe. (1995). El Camino Real de Tierra Adentro. 36-53. En: Primer Coloquio Internacional Valle de Allende. México: National Park Service. INAH.
- Nigel Davies, Claude. (1988). Los antiguos reinos de México. México: FCE.
- Relaciones Geográficas del Siglo XVI: Michoacán. (1987). René Acuña (editor). México: UNAM.
- Relaciones Geográficas del Siglo XVI: Nueva Galicia. (1988). René Acuña (editor). México: UNAM.
- Sahagún, Fr. Bernardino. (1975). Historia General de las cosas de la Nueva España. México: Editorial Porrúa.
- Semo, Enrique. Conquista y Colonia. (1981). México un pueblo en la historia. Enrique Semo (coordinador). 167-309. México: Universidad Autónoma de Puebla. Editorial Nueva Imagen.
- Orozco y Berra, Manuel. (1954). Historia Antigua y de las Culturas Aborígenes de México. México: Ediciones Fuente Cultural.

- Powell, Philipe. (1979). La guerra y paz chichimecas (1550-1600). México: Boletín Dirección de Investigaciones Históricas. Año 1/núm. 2. 5-16. Gobierno de Guanajuato.
- (1984). La Guerra Chichimeca (1550-1600). México: FCE/SEP. (Lecturas Mexicanas 63).
- Tello, Antonio, Fr. (1973). Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Xalisco. Volumen II. Guadalajara: UG-INAH.
- Torquemada, Juan. (1983). Monarquía Indiana. 7 volúmenes. México: IIH-UNAM.
- Villalpando, José Manuel y Alejandro Rosas. (2008). Historia de México a través de sus gobernantes. México: Editorial Planeta.
- White, Hayden. (1992). Metahistoria. La Imaginación histórica en la Europa del siglo XIX. México: FCE.
- (1992). El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica. Paidós Básica 58. Barcelona: ediciones Paidós.
- (2003). El texto histórico como artefacto literario. Introducción Verónica Tozzi. Colección Pensamiento Contemporáneo. España: Ediciones Paidós.
- Yoneda, Keiko. (2009). Elementos culturales asociados con los chichimecas observados en un documento pictográfico producido en la época colonial temprana: Mapa de Cuauhtinchan núm. 2, siglo XVI, estado de Puebla. 73-94. En: Divulgata. Número 3. Simposio Román Piña Chán. CONACULTA-INAH.